

# Vida y Poesía de Fray Luis de León

POR

DÁMASO ALONSO (\*)

Tampoco el tirano, armado de los instrumentos de tortura, logra inmutarle:

Exento a todo cuanto  
presume la fortuna, sosegado  
está y libre de espanto  
ante el tirano airado,  
de hierro, de cruera y fuego armado

Y no sólo resiste al tirano, sino que le desafía, le excita a que le atormente:

•El fuego — dice— enciende,  
aguza el hierro crudo, rompe, llega;  
y, si me hallares, prende...  
¿Qué estás? ¿No ves el pecho  
desnudo, flaco, abierto?».

El varón justo, constante, sabe que jamás el tirano llegará a dañarle («si me hallares, prende... jamás me alcan-

---

(\*) Véase «ARCHIVO AGUSTINIANO», septiembre-diciembre (1957), págs. 289-315.

zará tu corta mano»). Porque para el héroe, el martirio es la suprema liberación:

«Rompiste mi cadena,  
 ardiendo por prenderme. Al gran consuelo  
 subido he por tu pena.  
 Ya, suelto, encumbro el vuelo,  
 traspaso sobre el aire, huello el cielo»

Ah, bien sabemos nosotros que esa imagen de imperturbable héroe no siempre fue la de Fray Luis. No sólo en la cárcel: fuera de ella antes y después del proceso, tuvo una comezón de apasionada crítica, de intervenir en todo, hasta en materias muy concretas y muy del mundo (política electora de las votaciones para las cátedras, etc.), y aun era capaz de armar una ojeriza sobre una nonada; y mucho antes de su proceso, por escrúpulos de conciencia (o quizá por miedo) había presentado a la Inquisición de Valladolid una declaración de la que se hubieran podido originar graves molestias para su gran amigo Arias Montano (1); en fin, no era héroe de piedra noble, sino humanísimo ser de carne y hueso. Pero si le consideramos en el momento de su mayor lucha, y, alejándonos, perdemos el pormenor de su curialesca y meticulosa defensa, llena de casuismo, de vetos y preveniciones, ya no veremos cómo en algunos instantes el alma se le retorció de espanto y miseria, sino cómo siempre se reponía, cómo siempre —igual que si nada hubiera pasado— estaba de nuevo duro, fresco y dispuesto a la lucha; sí, del mejor acero que nunca se quiebra y, juvenil, salta siempre otra vez a su libre forma. Léase la bellísima oración que va al final de la *In Psalmum Vigesimum sextum Explanatio* (Salamanca, 1580) (2); está escrita en la prisión («haec

(1) Coster, I, pág. 161. Véase especialmente el magnífico estudio de Francisco Cantera, *Arias Montano y Fray Luis de León*, en «Bol. de la Biblioteca M. Pelayo» XXII, 1946, págs. 311-316. Alguna molestia debió originarse para Arias Montano por la declaración de Fray Luis, *ibidem*, págs. 315-316.

(2) Págs. 68-71 (ed. 1582, fols. 53 v.-56). La oración empieza con las palabras «Numquam ego, pater sanctissime». De todo ese final existe una excelente traducción por

cum scribo, carceri addictus et violatae fidei reus factus maximis preemor malis.): nada de hipocresía o literatura en ella; habla con su Dios y el alma se le vierte con admirable diafanidad.

### «Triunfo de la Inocencia» (1)

Hay, como hemos anunciado ya, otra oda que supone una posición espiritual muy próxima a la que acabamos de considerar. Es la dedicada a don Pedro Portocarrero, que comienza «No siempre es poderosa». Ya la misma estrofa primera nos presenta un friso de rostros (la poderosa maldad, la envidia ponzoñosa, la más encumbrada fuerza sin ley) que es bien conocida del lector de las obras de Fray Luis, tanto latinas como castellanas, escritas en la prisión o poco tiempo después de ella:

No siempre es poderosa  
Carrero, la maldad, ni siempre atina  
la envidia ponzoñosa;  
y la fuerza sin ley que más se empina,  
al fin la frente inclina:  
que quien se opone al cielo  
cuanto más alto sube viene al suelo.

Tampoco triunfa la niebla sobre la verdad del sol, sino que vencida y disuelta al fin «el sol puro en el cielo resplandece». Como resplandecen las virtudes del varón justo, aunque todos esos enemigos se conciten contra él:

No puede ser vencida  
(ni lo será jamás), ni la llaneza,  
ni la inocente vida,  
ni la fe sin error, ni la pureza  
por más que la fiereza

Francisco Maldonado de Guevara como apéndice de su muy interesante trabajo, *Fray Luis de León y su explicación del Salmo XXVI*, en «Cruz y Raya», septiembre de 1934, páginas 81-88.

(1) El título en los códices es *A don Pedro Portocarrero*, pero M. propone, en nota, el que doy. M., IV; LI., XV; V., XVI.

del tigre ciña un lado,  
y el otro basilisco emponzoñado.

«...La inocente vida..., la pureza»: recuérdense las expresiones de los tercetos escritos en la prisión

Quien mis cadenas más estrecha y cierra  
es la inocencia mía y la pureza.

No cabe duda de que habla del mismo héroe o que es la imagen del mismo perseguido la que está en el fondo de sus pupilas: la imagen, en los tercetos, es la de Fray Luis, como ellos lo declaran; no cabe duda de que en la oda que consideramos, el poeta, ya victorioso, piensa en su propia victoria.

Y como habla de su realísima lucha, algunos se han preguntado si con ese «tigre» fiero, y con ese «basilisco» emponzoñado no designará Fray Luis dos de sus enemigos. Se ha pensado que con el tigre, de quien se resalta la fiereza, designaría al Maestro León de Castro, y por el basilisco, caracterizado en la oda por su «ponzoña» (al fin de la oda la «sierpe», también ponzoñosa, sustituye al «basilisco») querría mentar a Fray Bartolomé Medina. En efecto, la caracterización de sus dos mayores enemigos que sale una vez y otra de las propias declaraciones de Fray Luis en el proceso, es aproximadamente ésta: Medina es el cerebro urdidor, el autor de la conjura; León de Castro aparece en ellas —no sin humor— como «furioso, puesto en disputa», «el maestro León de Castro tiene esta propiedad que, metido en disputa y cólera, no entiende lo que le dicen, y le acontece diciendo lo que él dice, dar gritos y hacer bravezas como si le dijese lo contrario, y entiende uno por otro ordinariamente en tales disputas». No creo, pues, del todo improbable que Fray Luis quisiera dejar ahí la imagen y la caracterización de los dos hombres que él más odiaba. Porque, no nos hagamos ilusiones, el impulso natural de su alma era odiarlos infi-

tamente —como se odia la maldad, el pecado—, aunque esto se lo refrenara y aun a veces ahogara la religión.

El desfile de rostros gesticulantes empezado en la estrofa primera, continuado con el tigre y el basilisco de la cuarta (que es la que acabamos de considerar), se completa ahora (con el odio, el poder, el falso engaño): junto ya, pues, todo el bando enemigo:

Por más que conjuren  
el odio y el poder y el falso engaño,  
y ciegos de ira apuren  
lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,  
jamás le harán daño ..

No harán daño al varón justo y constante. ¿No se habían conjurado contra él, contra el propio poeta; no habían revuelto lo científico y lo más vulgar, acumulado testigos, pedido informes a hostiles teólogos y escriturarios, admitido las chácharas de estudiantes y las insidias, apurado lo distante, Granada, Sevilla, Murcia, Toledo, hasta Lima y Quito, buscando pruebas contra él? Y todo en vano. El, débil, él, pequeño, había desplegado maravillosas fuerzas y pisando sobre el montón de sus enemigos había ascendido hasta la apoteosis de su triunfo:

...y desplegadas  
las fuerzas encerradas  
sobre el opuesto bando  
con poderoso pie se ensalza hollando.

¡El bando maldito! Y quizá no personalizaba Fray Luis (o por lo menos, desde luego, no únicamente personalizaba) al hablar del tigre y el basilisco. En la fiereza del tigre veía el odio aliado con el poder; y en el veneno del basilisco, la envidia y la arteria. Si ambas ideas las hemos encontrado en la estrofa primera de esta oda («la envidia ponzoñosa y la fuerza sin ley, que más se empina»), el mismo agrupamiento resulta en la oda *A nuestra Señora* («envidia empozñada / engaño agudo, lengua femen-

tida / odio cruel, poder sin ley ninguna / me hacen guerra a una»). Ahora, otra vez, en la estrofa final de la oda que comentamos, en el momento del canto de triunfo, el mundo de los enemigos se concentra en esos dos representantes: el veneno y la fiereza, la sierpe (venenosa) y el tigre fiero:

Y con cien voces suena  
la Fama, que a la sierpe, al tigre fiero,  
vencidos, los condena  
al daño no jamás precedero;  
y con vuelo ligero,  
viniendo la Victoria  
corona al vencedor con gozo y gloria.

#### **Violencia y resalte de la expresión**

En todas las odas que hemos considerado en este grupo, ya inmediatamente anteriores al proceso, ya escritas en la prisión, ya poco posteriores al triunfo, hay una característica común: la dicción de Fray Luis cuando habla de la maldad de sus enemigos y de su propia inocencia y justicia, cincela frases nítidas y duras, que muchas veces, adhiriéndose a los pliegues de la estrofa, prolongándose y cortándose con el ritmo o haciéndole áspera violencia (esa feliz violencia que excluye lo que el siglo XIX llamaba «facilidad»), parecen cargadas de un sentido más intenso, es decir, que se apodera con más fuerza del ánimo. Los encabalgamientos suelen ir entonces reforzados por crujientes alteraciones, como en la estrofa de la carrasca:

bien como la ñudosa  
carrasca en alto risco desmochada  
con hacha poderosa...

Otras veces, como ya veíamos, empujada por la violencia y protegida por las quiebras de la estrofa, la ex-

presión parece despeñarse hasta la sima de tristeza que pide el sentido:

que yo de un torbellino  
traidor acometido, y derribado  
de en medio del camino  
al hondo...

Otras, la misma intensidad de la emoción parece ordenarle la materia y exactamente distribuirla dentro de las partes y límites de la estrofa. Ocurre así en muchas de la oda *A Nuestra Señora*, ya estudiada. (Véase una de esas estrofas. En ella, el vocativo a la Virgen ocupa (como esperaríamos) el primer pie de la *fronte*; el segundo pie es la exposición general de la escena: el público mira cómo el poeta se debate nadando peligrosamente entre la gran riada de su persecución. La *sinima* describe las distintas actitudes de público, ya cruel, ya indiferente, ya inútilmente apiadado; pero los dos versos finales atraen otra vez la atención sobre la angustia del poeta mismo:

Virgen, por quien vencida  
llora su perdición la sierpe fiera,  
su daño eterno, su burlado intento:  
miran de la ribera,  
seguras, muchas gentes mi caída,  
el agua violenta, el flaco aliento  
los unos con contento,  
los otros con espanto; el más piadoso  
con lástima la inútil voz fatiga;  
yo, puesto en ti el lloroso  
rostro, cortando voy onda enemiga.

Por todas partes encontramos una maravillosa diafanidad, una exacta precisión unida a una expresiva violencia en estas composiciones en torno al proceso.

Es decir, parece como si la indignación que la injusticia al caer sobre su misma vida le producía, se transpa-

rentara, del lado de la poesía, en una intensidad y una precisión aceradas.

**«Contra un juez avaro»**

Dicho esto, puedo hablar de la única composición entre las incluídas por mí en este grupo, que apenas si en su contenido conceptual tiene algunos elementos que permitan agruparla con estas odas surgidas de la persecución. Se trata de la que lleva por título *Contra un juez avaro* («Aunque en ricos montones») (1). La violencia expresiva de esta breve oda ha sido notada por casi todos los editores y críticos. El P. Vega escribe: «El acento dolorido y amargo con que está escrita parece indicar que se trata de una persona de carne y hueso». Por ese mismo camino ya Macrí, considerando el ímpetu de esta poesía; no estaba lejos de creer que fuera compuesta en la cárcel y contra una determinada persona. Esta misma sospecha he tenido yo siempre, aun antes de conocer la opinión del fino crítico italiano.

Lo primero que hay que decir es que se podría considerar este poema como un vaticinio execratorio. Cierto que los males que han de caer sobre el juez avaro están expresados en forma aseverativa y no optativa o imperativa: el poeta se los arroja a la cara con terrible violencia, con un ímpetu que queda en nuestros oídos con valor de maldición. Liga esta violencia el hecho de que el sentido del poemita fluya ininterrumpidamente (sin punto alguno) desde el principio al final. El contenido, en resumen, viene a ser: 'Aunque tus riquezas crezcan sin límite, mientras tiránicamente pisoteas la justicia y engañas al mundo, no conseguirás que tu espíritu no esté lleno de dolores y angustias, jamás gozarás del placer de la esperanza, ni de alegría alguna, y los terribles remordimientos (la Meguera) no te abandonarán un instante, ¡ay!, ni impedirás el paso del tiempo y la llegada de la muerte; y,

(1) M. y V., XIV; Ll., XVI.

tras ella, tendrás las penas del infierno y el olvido del mundo'.

La primera parte (nueve versos y medio) es adversativa y sus submiembros van fuertemente señalados por la anáfora de «aunque»; la anteposición de «y» desde la primera repetición, da aun más violencia al amontonamiento («Aunque... levantes... / y aunque... mejores... / y aunque... oprimas / y aunque engañes...»).

*Aunque* en ricos montones  
levantes el cautivo, inútil oro;  
y *aunque* tus posesiones  
mejores con ajeno daño y lloro;  
y *aunque*, cruel tirano,  
oprimas la verdad, y tu avaricia  
vestida en nombre vano,  
convierta en compra y venta la justicia;  
y *aunque* engañes los ojos  
del mundo a quien adoras...

Termina aquí la parte adversativa y comienza una sucesión de aseveraciones: la acción de cada uno de los verbos que siguen se cumplirá inexorablemente, *aunque* el avariento juez logre todo lo que se ha expresado en la primera parte. El gozne de la composición está, pues, entre «adoras» y lo que sigue:

...y aunque engañes los ojos  
del mundo a quien adoras: no por tanto  
no nacerán abrojos  
agudos en tu alma; ni el espanto  
no velará en tu lecho;  
ni huirás la cuita, la agonía,  
el último despecho;  
ni la esperanza buena, en compañía  
del gozo tus umbrales  
penetrará jamás; ni la Meguera,

con llamas infernales,  
 con serpentino azote la alta y fiera  
     y diestra mano armada,  
 saldrá de tu aposento sólo un hora;  
 ¡ay!; ni tendrás clavada  
 la rueda, aunque más puedas, voladora,  
     del tiempo, hambriento y crudo  
 que viene, con la muerte conjurado,  
 a dejarte desnudo  
 del oro y cuanto tienes más amado...

Esta segunda parte aseverativa está formada (con estructura parecida a la primera) por una serie de miembros: cada uno, menos el último, es una aseveración negativa (en el fondo una maldición). Nótese en los dos primeros miembros las negaciones dobles («no... no nacerán» = 'no dejarán de nacer'; «ni... no velará» = 'ni dejará de velar'). La serie de adverbios *ni* (cinco tras el *no* inicial) produce la sensación del crescendo de una pesadilla. Los encabalgamientos, que en esta parte no sólo ligan entre sí muchos versos en el interior de una estrofa, sino que prolongan el sentido de cada estrofa (sin excepción) sobre la siguiente, aumentan ese desasosiego de un avance inesquivable y horrible. En la parte adversativa ocurría todo lo contrario: las estrofas si bien ligadas coordinativamente por el sentido, no estaban trabadas entre sí por encabalgamiento, con lo cual al principio de cada estrofa resaltaba con valor anafórico un *aunque*.

El «¡ay!» de la estrofa penúltima es como la cumbre de todo ese clímax; es un estallido de la afectividad: o, si no, se diría que es como el golpe de timbal en la cima de la lenta subida de una orquesta.

La oda termina con dos versos pareados que cierra la estrofa última y contienen el último miembro de la serie de aseveraciones, el único que no está en forma negativa. Se diría que constituyen un a manera de estrambote. To-

das las estrofas tienen cuatro versos; esta cola, seis. Los dos versos finales

(...y quedarás sumido  
en daños no finibles y en olvido)

remachan fatídicamente la serie de las penas.

Este análisis muestra que la oda tiene una estructura curiosísima, única entre las de Fray Luis: los crímenes del juez avariento están expresados con esa hermosa desnudez tan leonina, en la que las palabras cubren con extraña justeza al pensamiento, y que llega siempre al máximo de exactitud cuando la indignación ante la injusticia mueve al poeta; y luego, en la que he llamado segunda parte, el terrible amontonamiento de males inexorables, sale como un borbotón seguido, de la boca que vaticina. Es la viveza, la impetuosidad, la rapidez conceptual, la intensidad, la herida amargura de las odas escritas en la cárcel, o inmediatamente después del triunfo. Y más se pensaría lo primero: compárese con los tercetos *En una esperanza que salió vana* o con la oda *A Nuestra Señora*, o con el final de *En la fiesta de Todos los Santos*.

Claro que asegurar que se escribió en la cárcel (o aun poco después) sería atrevido, pues no hay más (o poco más) que el aspecto estilístico para inclinarse a ello. Puestos a buscar en el contenido conceptual de la composición, choca que sea contra un juez. Porque ¿cuándo estuvo Fray Luis más en contacto con jueces que en los cinco inacabables años de su proceso? ¿Cuándo pudo sentirse más indignado contra un juez que entonces? Claro está que entre los suyos podía haber alguno con fama de avariento y venal. Pero esto son conjeturas.

•Al apartamiento• o •Descanso después de la tempestad•

Hay una oda, al que lleva ya el uno, ya el otro de estos

títulos (1), en la que muchas cosas parecen indicar que está ligada también al proceso y en la que, sin embargo, el tono es muy diferente. Nada de violencia ni aspereza en su comienzo:

¡Oh ya seguro puerto  
de mi tan luengo error! ¡Oh deseado  
para reparo cierto  
del grave mal pasado.  
reposo dulce, alegre, descansadol

Recordemos las dos odas que considerábamos inmediatamente posteriores a la liberación, comentadas hace poco: son las dos que celebran el triunfo del varón constante, dedicadas a Felipe Ruiz («¿Qué vale cuanto vee») y a Portocarrero («No siempre es poderosa...»). La nota que predominaba allí era la de la violencia: el recuerdo de lo padecido era aún atenazador y aún el poeta parecía contemplar la mueca del odio en los rostros de los enemigos.

Todo ahora se diría suavizado. Se pensaría que esta oda *Al apartamento* se escribió más tarde; que nació menos próxima a los años terribles. El poeta, después de su drama, después del «grave mal pasado», está ya en el seguro puerto, en la choza humilde, cubierta de paja. Oh, hasta allí no llegan los males del mundo.

Techo pajizo, adonde  
jamás hizo morada el enemigo  
cuidado, ni se asconde  
envidia en rostro amigo,  
ni voz perjura, ni mortal testigo.

«Envidia en rostro amigo, ni voz perjura, ni mortal testigo». Sin querer le vienen a la pluma los desagradables recuerdos de la prisión: lo que más hería la sensibilidad del procesado había sido eso: la traición de los que creyó amigos, la voz perjura de los que declaraban en falso contra su juramento y conciencia, el «mortal testigo», el

(1) M., XV; LL., XIV; V., XVII.

testigo que por estupidez o malignidad podía arruinar al prisionero.

El poeta parece contemplar ya inmediato su reposo. Ha bajado la tensión de los años dramáticos; también ha cedido la embriaguez de los meses que siguieron al triunfo: por ninguna parte aparece en esta oda (como, en cambio, ocurría en las dos anteriores) la imagen del héroe glorioso que desafía y vence a los tiranos. La imagen heroica de esta nueva oda es un propósito, está en futuro. Este héroe huye, y aún en su huir hay algo del grito de una alimaña perseguida:

Sierra que vas al cielo  
altísima...:  
recíbeme en cumbre,  
recíbeme, que huyo, perseguido...

El héroe de esta oda, el poeta, tiene también un ideal estoico. Ahora no es la indiferencia al hierro, al fuego, a la muerte: ahora es la huida, la huida de todo, el único puerto seguro, el apartamiento.

Y busca, huyendo, la cabaña pobre, la sierra altísima, el aire puro. Desde allí verá las vanas luchas de esta humanidad tan engañada.

Han pasado los años de la lucha cruel. ¿Cómo durante ellos pensar en algo que no fuera la victoria? Fray Luis está cansado. Su mayor tormento se aleja ya con los años. Fray Luis vuelve los ojos al Norte eterno de su vida, a su polo inasequible: el apartamiento.

### **Se completa el grupo de la persecución**

Y no hemos considerado las famosas dos quintillas *Al salir de la cárcel*:

Aquí la envidia y mentira  
me tuvieron encerrado .. (1).

Con esta obrita se completa el grupo de nueve composi-

(1) Todos los eds., XXIII.

ciones (ocho, si no se quiere incluir la oda *Contra un juez avaro*) que salieron de la reacción del alma de Fray Luis, herida por su cruel proceso.

Antes de dejar ese grupo, notemos que en él cuatro composiciones (los tercetos *En una esperanza que salió vana*, *A Nuestra Señora*, *En la fiesta de Todos los Santos* —ésta por lo que toca a su final— y la doble quintilla *Aquí la envidia y mentira*) fueron auténticamente escritas en la cárcel, porque el texto lo revela de una manera clarísima. De las demás que decimos escritas antes o después del proceso, no creo que haya modo de dudar que *A Grial*, no esté ligada con aquel drama (el «torbellino» que ha derribado al poeta habla bien claro). La oda *Del moderado y constante* y la dedicada a *Portocarrero* que comienza «No siempre es poderosa» describen el triunfo del varón justo con el mismo entusiasmo, propio de quien ha pasado por estas pruebas, con que se describe en la *In-Cántica Canticorum... Explanatio*: la *Del moderado y constante* incluye el «Ab ipso ferro» que Fray Luis adopta como emblema, se diría, personal, después del proceso, y éste parece exactamente caracterizado en las estrofas cuarta y quinta de «No siempre es poderosa». No creo, por tanto, que sea humanamente posible querer desligar ninguna de estas tres odas de la gran tragedia de Fray Luis. No es tan claro lo que toca *Al Apartamiento*: creo, sin embargo, que su más razonable interpretación es la que hemos dado (nosotros, y quienes la titularon *Descanso después de la tempestad*): oda escrita con el dolor de los sufrimientos ya algo amansado. Ya hemos dicho que la oda *Contra un juez avaro* podía considerarse como también ligada al proceso: pero esto es una mera opinión, que no alardea de seguridad.

#### Otras poesías quizá relacionables con la persecución

Ocurre ahora pensar si no habrá otras poesías en la

producción de Fray Luis que puedan ser atribuidas a la época del proceso, o a las huellas que el mismo dejó en su alma.

Habría que discutir el caso de la oda *En la Ascensión*. Yo no la he incluido en el grupo de obras ligadas al proceso, aunque muchos críticos la consideran de la época de la prisión: Coster, del día de la Ascensión de 1572; el P. Vega de «hacia 1574». Se quiere ver alusión a la cárcel en la estrofa primera

...en este valle hondo, oscuro  
con soledad y llanto...

Ciertamente, hay poca base ahí para ello. Pero, como es sabido, en un manuscrito fechado en 1580 (1) la oda lleva al final cuatro estrofas más, que aunque rebajan el maravilloso efecto de esta breve composición, pueden muy bien ser de Fray Luis. Según esta hipótesis, el poeta las habría suprimido más tarde (no hay ni que decir que con acierto). En estas cuatro estrofas finales (de esa supuesta versión primitiva), hay algunos versos que puestos en contacto con los citados de la estrofa primera del poema pueden inclinarnos hacia pensar que, en efecto, el poeta estaba en prisión. Dice a su propia alma, excitándola a seguir a Cristo:

¡Ay, rompe, y sal de penal  
¡Colócate, ya libre, en luz serena!

Y más aún, el final

Dulce señor y amigo,  
dulce padre y hermano, dulce esposo:  
en pos de ti yo sigo,  
o puesto en tenebroso,  
o puesto en lugar claro y glorioso.

(1) Es el ms. llamado de Fuentesol. Pero debo advertir que la fecha de 1580 es nueva lectura que el P. Vega da en su edición ahora en prensa.

De este modo parece formarse un sistema de indicios que, aunque insuficientes cada uno de por sí, cobran cierto vigor al juntarse.

En otras odas que se suelen considerar tardías puede pensarse que hay alguna huella del encarcelamiento. Si consideramos las tres famosísimas *A Felipe Ruiz* («Cuándo será que pueda?»), *De la vida del cielo* («Alma región luciente») y la *Noche serena* («Cuando contemplo el cielo»), observamos lo que se dice en la primera estrofa de la primera:

¿Cuándo será que pueda  
libre de esta *prisión* volar al cielo...?

Y en la última de la segunda: el alma  
conocería donde  
sesteas, dulce esposo, y desatada  
de esta *prisión* adonde  
padece...

Y en la tercera estrofa de la *Noche serena*:

Morada de grandeza,  
templo de claridad y de hermosura,  
mi alma que a tu alteza  
nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta *cárcel* baja, oscura?

Sí, ya sé: el empleo de las voces *prisión*, *cárcel*, etc., para designar el mundo, o el mismo cuerpo del hombre, es decir, todo lo que impide el vuelo del alma hacia su centro de atracción, es un uso tradicional, un tópico constante en la literatura cristiana; pero no deja de llamar la atención que exactamente en las tres odas en que con más intensidad se expresa el deseo de vuelo del alma de Fray Luis, surja invariablemente la imagen de la prisión. ¿No se diría, acaso, que esa imagen estaba grabada con una fuerza especial en el espíritu del poeta? Cada vez que

aquel hombre pensara o escribiera o simplemente oyera esa palabra, se estremecería aún, al avivarse sus recuerdos.

### Valor de las poesías de la persecución

Resulta, pues, que un grupo de quizá once, o por lo menos ocho composiciones, dentro de la breve obra original de Fray Luis, un grupo que por sí solo constituye más de la tercera parte de esa obra, está en la más directa, inmediata relación con la vida del poeta. Si ahora prescindimos de los poemas de mero cumplimiento social o amistoso, podemos decir que es aproximadamente la mitad de la producción original la que está en ese contacto directísimo. No se trata de esa relación, generalmente vaga, del sentimiento amoroso que tratan de apurar los críticos, sin coger mucho entre las manos, en la obra de un Garcilaso o un Herrera. ¡Cuántas encantadoras novelas se han escrito, con esa buena fe que sólo los eruditos poseen hoy en el mundo, a base de los amores con doña Isabel Freire o con la condesa de Gelves! En el caso de Fray Luis se trata de la más dramática, diríamos brutal, relación con hechos concretos y que nos son bien conocidos. El dolor que atenazaba el corazón del poeta se le ha exhalado en verso; y así podemos leer en su alma más directamente y con palabras más sinceras que en las páginas del proceso. Hay varios matices, en estos poemas, pero en cuatro o cinco ese dolor es furia contra los inicuos enemigos, protesta contra la injusticia, y a veces, casi alarido sin esperanza, de soledad y abandono.

¡Qué lejos estamos de toda *sophrosyne*, de aquella idea de «sabor anticipado de la gloria», de aquella imagen de «mansa dulzura que penetra y embarga el alma, sin excitar los nervios» es decir, de la única caracterización dada por Menéndez Pelayo a la poesía de Fray Luis!

Ya he adelantado que Menéndez Pelayo no se engañaba al hablar de *sophrosyne*, de «mansa dulzura» y de «sabor de gloria» en esta poesía. Lo que ocurre, y que vamos

a ver confirmado en seguida, es que así caracterizaba sólo una parte de ella: no, las composiciones de las que hemos hablado qui hoy (1).

¿Se olvidaba de ellas porque quería? ¿O, quizá, con una falta de atención, que era, en verdad, justa? Tengo que decir con pena que el olvido de nuestro máximo crítico, sea premeditado o sea por falta de atenta lectura, era una tremenda injusticia. Algunas de las poesías de las que hemos hablado aquí hoy deben figurar entre las joyas máximas, no sólo de la obra de Fray Luis, sino de toda la poesía española. Prescíndase de la quintilla doble «Aquí la envidia y mentira», obrita llena de santa e indignada justicia y de anhelo de paz, pero, al fin y al cabo, de ocasión. Dejemos aparte la oda *En la fiesta de Todos los Santos*, a pesar de su magnífico y valiente arranque de indignación, en las estrofas de la 15 a 17, y de la angustiada súplica personal en las 18 y 19, y a pesar de ese estupendo desfile de rozagantes criaturas, esa estela de oros y de rayos celestiales —la caballería celeste— de toda su primera parte. Dejaremos también a un lado la oda *Contra un juez avaro*, a pesar de su extraña estructura y su increpante violencia. Precindamos aún de una de las dos que cantan el triunfo del varón constante, la dedicada a Portocarrero («No siempre es poderosa»), aunque a mí especialmente me mueva por su diafanidad y nítida exactitud la estrofa cuarta porque reúne concen-

(1) Menéndez Pelayo alaba en breve nota la oda *A Nuestra Señora* («de lo más hermoso que puede leerse; fue compuesta en la cárcel»); menciona entre las imitaciones de Horacio la oda de otoño *A Grial* («con una leve alusión a sus desgracias personales, la cual basta para dar carácter *subjetivo* a la poesía, ni más ni menos de lo conveniente»); la del *moderado y constante* (donde «expuso la idea del *justum et tenacem* por medio del símil de la *nudosa carrasca*»), y la que canta *A Todos los Santos* («que está llena de entusiasmo religioso, sin que lo singular de su estructura dañe ni empece al efecto total ni al de los pormenores»); en cuanto a la oda *Al Apartamiento* sólo es mencionada por «la elevación del alma a Dios» (en otro lugar, porque en ella «hay rasgos de misticismo»). (Comp. Poesías de Fr. L. de L., ed. R. Acad. Española, 1928, I, «prólogo» y pág. 154. V. también ed. Nacional, VII, 96, n. 1.) Eso es todo. Tampoco habla nunca de la actitud dolorosa del poeta ante las vislumbres celestiales. Es evidente que el importantísimo aspecto de la poesía de Fray Luis, que hemos considerado aquí, escapó totalmente a Menéndez Pelayo.

tradamente, las cualidades que Fray Luis —y con razón— veía resplandecer en su propia justicia:

No pudo ser vencida,  
ni lo será jamás, ni la llaneza,  
ni la inocente vida,  
ni la fe sin error, ni la pureza.

Dejamos de considerar, pues, cuatro odas excelentes, llenas de belleza y que exhalan personalidad. Nos queda entonces la figura maravillosa del héroe en la oda del «Ab ipso ferro» (*Del moderado y constante*); la oda a Grial, que empieza con la descripción del otoño, sigue con la exhortación a los estudios y termina con el lamento del que ha sido arrebatado por un traidor torbellino; y la oda *Al apartamento*, serena y amarga, con su deseo de cumbre y de huida. Y nos quedan aún los desgarradores tercetos *En una esperanza que salió vana*, la poesía más deprimida, más hundida, más sin esperanza, de Fray Luis, quizá la que llega más a lo hondo, porque es aquella en que le vemos más abandonado y más mortalmente triste. Nótese: es la única poesía enteramente negativa y desesperada de su alma religiosa: la única que es una negación y un aborrecimiento de todo:

Dichoso el que jamás ni ley ni fuero  
ni el alto tribunal, ni las ciudades,  
ni conoció del mundo el trato fiero.

Y nos queda, en fin, aquella otra oda desgarrada, exhalada también por un miserable, por una piltrafa de abandonada humanidad, pero en la que hay aún una luz en la altura, una madre: y el alarido del que ya parece que no podía esperar nada, se alza hacia la madre piadosa, hacia la Virgen María.

Estas dos últimas composiciones son de lo más hermoso e intenso que hallo en poesía española; terriblemente doloridas, comunican aún su dolor a nuestro cora-

zón. Son las dos odas más humanamente emocionantes de todas las de Fray Luis.

El grupo de poesías que salió como un giro de dolor de lo vivido por el poeta en su proceso y en torno a él, es de una gran belleza y de una emoción caliente y apasionada.

#### IV

##### Vislumbres de beatitud

Si ahora queremos encontrar en qué parte de la poesía de Fray Luis es cierta la descripción de Menéndez Pelayo «sophrosyne», «anticipo de la gloria», «dulzura», nos basta con volver los ojos al segundo de los dos grupos formados por mí al principio de este trabajo. Ahí están, precisamente, las odas de Fray Luis que siempre son recordadas: del lado terreno con su mezcla de hedonismo y de impassibilidad estoica, *A la vida retirada*; y del divino, la subida a la beatitud por la música (en la oda *A Salinas*), y los tres anhelos ascensionales de esas tres odas extraordinarias, la llamada *Noche serena*, la dedicada *A Felipe Ruiz* que empieza: «¿Cuándo será que pueda?», y la que tiene por título *Morada del cielo*, las tres hermosísimas, las tres próximas, las tres con los ojos fijos en el cielo, pues si en la *Noche serena* por la contemplación de los astros y sus concertados movimientos —no sin cierta voluntaria confusión entre el cielo de la paganía y el cristiano—, despierta el deseo de huida de lo terreno, para gozar de los altos prados celestiales, en la oda a Felipe Ruiz, el poeta —traspasado de anhelo intelectual— suspira por volar a su centro para gozar con el conocimiento de la causa primera y, desde ella, con el de las causas de los fenómenos naturales y la contemplación de los espíritus

celestes. Pero es en la tercera donde el poeta más directamente mira la visión beatífica: cómo Dios, el eterno pastor, apacienta su hato de almas bienaventuradas. Fray Luis ha escogido ahí la misma divina simbolización que le hace también escribir algunas de las mejores páginas en *Los nombres de Cristo*.

Es ciertamente en estas odas donde se nos abren en la literatura española los ventanales más diáfanos y directos sobre la vida bienaventurada. La expresión parece que se adelgaza y se concentra, que nos penetra con una serena virtud, que se hace, casi, mero espíritu. Cuando las leemos, comprendemos cuán certeramente, con cuánta precisión y emoción supo Menéndez Pelayo reflejar las sensaciones del lector ante estos hermosísimos paisajes.

#### **Fray Luis, poeta doloroso**

Una nota importante faltaba a la caracterización, sin embargo. He tocado este tema ya varias veces en otros sitios. El lector de esos párrafos de Menéndez Pelayo no comprenderá que tal visión beatífica en Fray Luis resulta dolorosa, porque escribe como desterrado, no con el grito de triunfo de San Juan de la Cruz,

volé tan alto, tan alto  
que le di a la caza alcance,

sino como el proscrito que entrevé desde lejos la patria; sin unión, ni aun pasajera, con la Divinidad. Es que San Juan de la Cruz es un místico, es decir, un poeta que nos describe su frenesí, su experiencia de la unión. (La palabra místico tiene mil matices vulgares, evitémoslos si no queremos dejar tras nosotros una estela de confusiones). Y Fray Luis no es místico: aparte de que está bien claro en sus versos (para quien no tenga telarañas en los ojos), tenemos en su prosa latina una declaración formal. Está Fray Luis en el momento en que va a pasar de la explicación literal del *Cantar de los Cantares* a su sentido místi-

co, o como él dice, a lo que de arcano y divino está oculto bajo el sentido literal, y se apresta a explicarlo con lo que «de inteligencia y de expresión Dios le quiera conceder». Y añade. «Es cosa difícil y muy por encima de las fuerzas humanas, y finalmente de tal modo, que apenas puede ser entendida salvo por aquellos que no lo aprendieron por las palabras de un doctor, sino a quienes Dios, por la dulce experiencia del amor, se lo enseñó de hecho; yo no soy uno de ellos, con dolor lo confieso».

Ese dolor está presente también en estas tres odas de lejana contemplación del cielo, desde la «cárcel» del mundo y del cuerpo (¿quizá alguna de ellas desde la cárcel de cal y canto?: no es imposible). No: la interpretación total y esencial de esta poesía no es tampoco la *sophrosyne* o una dulzura serenadora. Es poesía de dolor y de apartamiento de la felicidad, de destierro. Pero, desde su «cárcel», el poeta entrevé destellos de la hermosura que le está negada: los destellos, sí, sólo los destellos, son armonía de *sophrosyne* y una manante y maravillosa dulzura.

Fray Luis de León, quién lo diría, quién lo hubiera pensado, es un poeta doloroso. Llegamos ahora a la consecuencia: la poesía de Fray Luis, que a veces, indebidamente, se llama mística, no lo es, sino un penoso, un congojoso anhelar hacia la unión mística, sin alcanzarla nunca. La poesía de Fray Luis nace, pues, siempre, de su dolor; poesía no gozosa, no encalmada, no dulce, sino apasionada y dolorosa; dolorosa en dos direcciones: o ya por el sufrimiento de la injusta persecución, o ya por el dolor de su incapacidad para alcanzar la unión que fervientemente anhela. En medio de su dolor le llegan esas vislumbres, esas chispitas de la gran hermosura. Vienen de la inmensa belleza, y fueron recogidas por el genio poético: por eso en los versos de Fray Luis proporcionan a nuestra alma, también dolorida, esos instantes de dulzura serenadora de que tan bellamente habló Menéndez Pelayo.

Todo el quehacer (en poesía y en vida) de Fray Luis estuvo siempre entre dos polos: armonía e inarmonía. Su alma tendía esencialmente hacia el primero, empujada también hacia él por tres grandes corrientes de pensamiento, la estoica, la platónica, y la cristiana. Pero había también en su alma misma una serie de elementos irrefrenables, que una vez y otra le arrastraban hacia la inarmonía, a saber: impetuosidad, pasión, conversión en criterio objetivo de su perspectiva particular de la justicia, y, como consecuencia, gusto por la intromisión, y rencillas, y querellas. La vida misma —la terrible confluencia de esas características de su alma con las del ambiente en que vivió— también le llevaba a lo inarmónico día tras día, y con terrible brutalidad en los de su proceso. Fray Luis mira con dolor y nostalgia el polo de armonía que no puede alcanzar. De esta separación dolorosa nace su poesía: a veces con el dolor agudo del incidente (proceso, cárcel) que duramente le sacude (como en las odas de la persecución); a veces con el otro dolor, con el constante, con el de la nostalgia, que las lejanas vislumbres de la beatitud al par suavizan y acrecientan (así en las odas de la visión beatífica). Esta polaridad explica mejor que nada, creo, la íntima contradicción de aquella alma extraordinaria.

Hemos dedicado hoy, preferentemente, nuestra atención a la poesía de Fray Luis, donde se traduce ese sufrimiento que siente un alma excepcional cuando es vejada y calumniada. Los poemas que salieron directamente de esos días negros de su vida, forman un grupo de una importancia extraordinaria por su número y su valor: en todo nuestro Siglo de Oro —y si me apuran, en toda la literatura española— no hay poesía salida de un herido corazón humano, que así desgarré ahora el nuestro. Ni en el Siglo de Oro es frecuente un auténtico trasvasarse de esa índole; es decir, tal que veamos de un lado el hecho vivido y del otro su inmediata proyección poética. En Lo-

pe se encuentra algo así, amplia y volanderamente; en Fray Luis, con intensidad y profundidad concentradas sobre el momento más dramático de su vida. Porque entonces se le vertió la vida auténticamente en la obra, ya en grito casi sin esperanza, ya en defensa casi jurídica, ya en oración, ya en himno triunfador. Traducción directa del plano vital al poético que diríamos romántica, si tal cosa se pudiera decir de un ser empapado en los ideales del renacimiento.

### **Fray Luis, en el comienzo de nuestro curso**

Como en la oda de Fray Luis, el campo matiza ahora su hermosura, ya el sol va cortando escasamente las horas del día. Esta época del año en que se aminora la actividad fisiológica del mundo animal y del vegetal, cómo llama a la vida de interior —del interior de la casa y del interior de nosotros mismos—, a la meditación y al estudio. Tiempo para la lámpara, para las silenciosas bibliotecas, para la grata lectura.

¿A quién podríamos hoy colocar frente a nuestra atención mejor que a Fray Luis, al religioso ejemplar, al español amantísimo de su tierra, al poeta máximo, al catedrático de la insigne Universidad de Salamanca?

Leamos una vez más la oda de otoño a Grial. Arrebatado por el traidor torbellino, Fray Luis no puede dedicarse a los estudios. Gran suerte la nuestra: todo está hoy preparado —en el comienzo del curso 1955-1956— para favorecer el normal desarrollo de los nuestros. Es el «curso», es que comienza el «curso»; y todos, maestros y discípulos, no necesitamos sino un pequeño esfuerzo, y fluir, se diría que sin violencia: fluir con deslizamiento de feliz corriente.

Compañeros de este claustro, alumnos de esta Universidad, oigamos una vez más la voz de Fray Luis:

El tiempo nos convida  
a los estudios nobles.